

Paula Puebla

# EL CUERPO ES QUIEN RECUERDA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

PAULA PUEBLA  
EL CUERPO ES QUIEN RECUERDA

TUSQUETS  
EDITORES

RITA PÉREZ LAVALLE

*Nací el 20 de diciembre del año 2001 a las 19:52. Mi partida de nacimiento indica que soy argentina, pero lo cierto, lo exacto, es que nací en territorio ucraniano.*

*La diferencia horaria entre Argentina y Ucrania es de +6 horas y la distancia entre Buenos Aires y Kiev es, según Google, de 12.816 kilómetros.*

*Con esto quiero decir que no nací en el momento preciso en el que el Sikorsky S76B de fabricación estadounidense y 3,5 toneladas de peso hacía equilibrio a centímetros del techo del viejo edificio rosado con el objetivo de no dañar su estructura.*

*Lo que quiero decir es que respiré por primera vez el aire de este mundo cuando el mayor Claudio Zanolongo y el vicecomodoro Juan Carlos Zarza recibieron el llamado del jefe de operaciones de helicópteros. «Diríjense al sector militar de Aeroparque», dijo la voz de Sergio Castro. «Aguarden instrucciones», siguió. «Realizar la extracción del presidente de manera segura», fue la información que más golpeó a Zarza. Ya tenía experiencia en eso de sacar de apuros a radicales. Había sido piloto de Raúl Alfonsín cuando en las Pascuas de 1987 lo llevó hasta Campo de Mayo para entablar negociaciones con Aldo Rico, jefe del Regimiento de Infantería 18 de San Javier, Misiones, y líder del levantamiento carapintada.*

*Entonces nací a las 13:52 hora argentina, seis horas antes de que Fernando de la Rúa se subiera a ese vientre de metal*

*para surcar el aire de la nación hacia algo más que la deshonra. Pesé 2,900 kilos. Se hubieran necesitado más de doce mil bebés como yo para alcanzar el peso de aquel Sikorsky. En esto no hay diferencias con Ucrania ni con ningún otro país: un kilo de bebé es un kilo de helicóptero.*

*Los números no mienten. Las palabras, sí.*

NADIYA KOVALYK

Martes 3 de junio de 2025

Estimada Victoria González:

Mi nombre es Nadiya Kovalyk. Le escribo desde Kiev, Ucrania. Soy la madre gestante de su hija, nacida el día 20 de diciembre del año 2001 en la Clínica de la Concordia de TB&W en mi ciudad.

Me comunico con usted con el fin de apelar a su buena voluntad para poder habilitar un canal de comunicación con quien es su hija, quien ya casi tiene la dulce edad de veinticinco años.

Usted bien se hará muchas preguntas, cómo logré ubicarla, cuáles son los motivos para me tomar tal atrevimiento de escribir una carta. Pero la respuesta única que puedo ofrecer de momento y hoy día es que son causas personales. He llegado al ocaso de mi vida productiva, como madre gestante y parturienta obediente, y siento la necesidad de contactar con cada uno de los niños que he tenido en vientre y parido con tanto amor a lo largo de estos años.

Con respecto a la información, bueno, con mucha audacia y discreción, y gracias a los registros en el Centro de Reproducción Humana, he podido averiguar nombre de nacimiento y lugares de residencia de los

niños. También el de nuestra mujercita en común. Déjeme decirle que Rita es un nombre muy bello, sencillo de pronunciar incluso en mi lengua.

Como madre, sé que usted sabrá entender mi pedido. Daré a usted unas semanas para pensar si desea conceder a mí oportunidad de establecer contacto con su hija. No tengo dudas de que es usted una excelente mujer que conoce a la perfección los sentimientos universales de bondad y solidaridad que despiertan con la maternidad, como así también el dolor y la angustia que la misma provoca.

Me disculpa si mi español es frío.

Respetuosamente,

Nadiya Kovalyk



VICTORIA GONZÁLEZ

*El cuello espigado, el nacimiento del pecho, la horquilla esternal y las clavículas de una mujer caucásica ocupan toda la pantalla. La imagen se mueve.*

—Bueno, no sé. Parece que ahí va. Ahora, ahí. A ver.

*La cámara se estabiliza y la mujer del cuello espigado retrocede. Ahora se le ven el rostro completo y la mitad del torso. Lleva el pelo suelto, con raya al medio, acomodado justo por encima de sus hombros. Viste una bata floreada de un textil translúcido. Se adivinan una bombacha, unos pechos siliconados y los pezones en tensión. Sostiene en su mano derecha un pequeño artefacto plateado. Por detrás de la mujer, del cuerpo de la mujer, sobre el fondo, la pared sostiene un gran espejo de marco de metal donde se puede ver el reflejo de un monitor y el dispositivo que la filma. También hay una mesa ratona de vidrio con varios adornos y objetos encima. Está delante de un sillón de tres cuerpos tapizado con pana rosa y unos almohadones de colores neutros y dimensiones variadas. La mujer retrocede, bordea la mesa baja por uno de sus lados y se sienta. Mira a cámara. Tiene la respiración agitada.*

—Muy bien. Bueno. Acá estoy, no sé. Si me preguntaran, la verdad es que no sé lo que estoy haciendo. Pero antes que escribirte una carta y convertirme en una idiota del siglo pasado, prefiero hacer esto. En defini-

tiva, pararme delante de una cámara y hablar es lo único que sé hacer, lo que siempre hice, ¿no? Okey, vos sabés, lo saben todos, yo trabajé desde muy chica, saqué adelante a mi familia, a tus abuelos, cuando fundió la metalúrgica. No los ayudaba solamente, también les tenía que bancar los vicios, el bingo a tu abuela, el chupi a tu abuelo, ¿o qué te pensás? No era fácil. Y eso es algo que vos nunca vas a tener que hacer: trabajar. O sea, ya partís de esa base, y en vez de sentirte una afortunada, nacida con estrella, ya desde chiquita tuviste el espíritu desinflado, como partido, no había cosa que te contentara, que te marcara una sonrisa, y eso que tuviste atenciones de sobra, eh. ¿Sabés qué siento, Rita? Que vos viniste al mundo con un dolor, un dolor tuyo, tan grande, tan superior, que no te entra en el pecho. Y por eso lo tenés que andar esparciendo a todos los que te rodean, ¿no? Un dolor del que me hiciste y me seguís haciendo responsable como si todavía fueras una nena. Si me preguntás a mí, esa es la razón por la que te cuesta hacerte de tu círculo, no sos como yo, dada para la charla, carismática, canchera. Como se decía antes, no tenés el don de gentes. Cuando eras chica y tu papá lograba tomarse unas buenas vacaciones, cuando nos íbamos de viaje, no sé, al departamento de Key Biscayne, por decirte un lugar, teníamos que llevar siempre a la niñera que tuvieras porque no había forma de que te adaptaras y jugaras con otros chicos, y vos te les quedabas prendida, repetías y repetías «estoy aburrída, estoy aburrída». Roberto te tenía paciencia, desde ya, creía que el hecho de que fueras una nena antisocial te hacía más especial, no sé, más inteligente, viste que se estila

tener esos razonamientos que nada que ver. A mí me parecía un pelotazo en contra, un bodrio, qué querés que te diga. Pero bueno, por suerte siempre tuviste niñas y *au pairs* más que decentes, me las mandaba la agencia, pero las terminaba eligiendo yo, obvio. En una semana yo sabía si iban a durar o no, les observaba las mañas, las estudiaba de cerca, si se ponían zapatillas o mocasines, si se maquillaban o andaban a cara lavada. Me gustaba verlas cómo se comportaban cuando estaba tu papá en casa, si se ponían nerviosas y distantes, si se hacían las suspicaces, las graciosas, enseguida me daba cuenta si tenían una agenda secreta y las hacía echar al demonio. Y sí, Rita, ¿qué te pensás? ¿Que iba a dejar que cualquier chirusa estuviera cerca de tu padre? La fortuna de Roberto y mi popularidad no hicieron nuestra vida más sencilla, no creas, eh. También teníamos los problemas de la gente normal, cómo decirte. Igual, mirá, la verdad que a esta altura no importa si te avergüenza lo que te cuento. Tampoco si te desilusiona. ¿Qué esperabas de este video? A ver, dejame adivinar. ¿Una madre sensible, una madre en batón y rulos que te pida que vuelvas de rodillas, una madre arrepentida, es decir, una madre común y corriente? Antes muerta que ser común y corriente. Rita, hace años que no nos hablamos, pero algo te conozco. Sé que mirás esto con los ojos encendidos de esperanza, como en esas películas de amores por carta y reencuentros de posguerra, ¿no? Es obvio que no me equivoco, es tan evidente, mega. ¡Por favor! Rita, crecé de una vez. Aceptá las cosas como son, soltá ese dolor. ¿No te das cuenta de que sos la que sale perjudicada? Nunca entendí tu gusto por

la melancolía, tu tristeza, tu amargura, y ese encono con saber, ¿saber qué? ¿Para qué querés saber? ¿De qué te sirve el saber? El saber no es bueno en sí mismo. Yo soy una mujer de acción, si hay algo que aprendí en la vida es que hacer te pone ahí, en el centro, en el candelero, frente a la mirada de los otros, y que esa es la única manera de sobrevivir en este mundo. Que es el mundo del mercado, del ritmo, del movimiento, no el mundo del pensamiento, ¿o me equivoco?

*La mujer hace una pausa. Se sosiega. Manipula el pequeño artefacto plateado. La imagen deja de ser frontal y se ajusta sobre su pecho y su rostro en un ángulo suave proyectado desde la izquierda. En el fondo, fuera de foco, se ve parte de una gran mesa de vidrio con unas sillas de metal y acrílico arrimadas a los bordes.*

—¿Viste qué bueno esto? Todavía estoy aprendiendo a usarlo, me lo mandaron de canje los de Huawei, ¿no es genial? Cómo no van a ser increíbles estos chinos. Me encanta el chiche nuevo, se llama «Selfiction Cam» creo, algo así, no sé. La cosa es que podés manejar todo desde acá, ¿ves? Podés zoomear, hacer 360 grados, es dron, es cámara frontal, es panorámica, subjetiva, *steadicam*, todo. Y después un algoritmo o algo así te edita el material. Decime si no es una joyita. Que otro labore por vos: empoderamiento total.

*Ahora la mujer sostiene por los bordes el pequeño artefacto plateado junto a su cara y sonríe. Tiene los dientes perlados y la piel brillante. Se advierte que las inyecciones de bótox desdibujan las líneas gestuales que la flecha del tiempo trazó indefectiblemente sobre su rostro. Mantiene la postura publicitaria durante cuatro o cinco segundos sin pestañear. Luego habla enfática.*

—Qué bien que lo hago, ¿no? Qué vendedora, por favor, qué mujer. Nací para esto, para posar, para promocionar, para hacer de este mundo espantoso un lugar más bello, con más clase, ¿te das cuenta? Las cámaras me aman, siempre me amaron. Y la verdad es que, a pesar de los cambios, de cómo me fui reconvirtiendo y acomodando a las épocas, porque una mujer tiene que saber reinventarse para sobrevivir en el corazón de la gente, desde ya, nunca dejé de ser Vicky González, la pecosa de Quilmes Oeste que llegó a lo más alto. Vos no tenés idea de lo que fue esa época, Rita, de lo que fue ser top model cuando yo fui una de las diez, ¿qué diez?, cinco mejores lolitas de Luro Durrieu. Lolita, ¿entendés? Era tenerlo todo y más, era hacer pensar a los tipos sobre lo que está permitido y lo que no, hacerles los ratones, ponerlos al límite. Era ser codiciada, deseada, admirada, ser el centro de atención en cada lugar al que iba, ser la chica que todas las chicas querían ser, sobre todo si eras del conurbano, ¿me explico? Todas hubieran dado lo que no tenían para dejar de llenarse de barro los mocasines y dejar de hacer una fila interminable en Elsieland, para ser la niña mimada de una agencia de modelos, para que les mandaran bolsas y bolsas de ropa de primeras marcas. Le preguntabas a cualquiera de mis compañeras del colegio y todas te hubieran dicho lo mismo, que querían ser como yo. A cualquiera, eh, por más pretenciosa o intelectual o susanita que dijera ser. Por favor, a mí no me engañan. Pero bueno, no a todas les tocó mi belleza, porque la belleza es así: la tenés o no la tenés, ¿viste? Esto es algo que hoy no se puede decir, pero confío en que esto lo vas a ver vos

sola, quizás también tu papá, aunque no creo, no sé. Ahora hay que decir que todas las mujeres son bellas, a su manera pero bellas al fin; hay que decir que la industria que a mí me lanzó a la fama no hizo más que enfermar a millones de jóvenes con problemas de alimentación y que condenó al resto a vivir esclavas de estándares de belleza imposibles. Es lo que digo yo en todos lados, ya lo sé, porque como te dije, hay que adaptarse a lo que piden las épocas. Y no es que la época lo demanda porque somos más buenos y menos estetas, te lo demanda porque a las horribles y rechonchas también hay que venderles algo, cremitas, libros de autoayuda, mentiras o esperanzas, que es más o menos lo mismo. A ver, se llama mercado, no es tan complejo. ¿O vos te pensás que yo, si salgo a decir que la belleza es un bien antidemocrático, que por más que tengas todo el dinero del mundo solo vas a poder comprar versiones de la belleza mas no la belleza en sí misma, tengo lugar en los medios? No, Rita, esa será cosa para los pensadores, para las feas, para la gente que vive a contramano. No es mi caso, desde ya. Como te dije, me reinventé. De alumna de colegio de monjas a lolita; de lolita a la mujer del próspero y simpático empresario que era tu padre; de primera dama de la industria farmacéutica a madre de familia y *fem fatal ol in uan*; y de ahí, justo cuando el cuerpo empezó a sufrir los primeros pases de factura de la edad, a militante de las buenas causas, a comunicadora, a panelista, a columnista de honor, a conductora, a invitada de todos los programas periodísticos de mayor *reitin* del país. O sea, me transformé en una modelo de vida, ¿entendés? Ese podría

ser mi epitafio, ¿no creés? Modelo de vida, me gusta. Ahora que lo dije siento que es una buena síntesis de cómo fueron las grandes etapas de mi vida. Al menos la síntesis pública, la que se puede contar. ¿Qué te estaba diciendo?

*La cámara desciende y ahora el plano es contrapicado, algo más abierto. La mujer frunce el ceño, gira su mentón hacia un lado y hacia el otro con los ojos puestos en el monitor que reproduce las imágenes que capta el artefacto.*

—Ay, qué espanto, por favor. Ya sé que no tengo papada, pero igual siento que no estoy para que me tomen de abajo. Esperá que corrijo esto antes de que me agarre un ataque.

*Como un insecto mudo, el dispositivo chino primero titubea, pero enseguida levanta vuelo y se ubica justo sobre el sillón. Se observa el piso blanco con vetas grises.*

—Ahora sí, mirá qué linda imagen esta, te hago un cenital y todo. Ya casi soy una experta, mirá los planos que te hago, Rita. ¿Qué decís?

*La mujer tira algunos de los almohadones al suelo. Se reclina sobre su espalda a lo largo de la pana rosa con el pequeño artefacto plateado en una de sus manos. Sonríe a cámara con toda la anchura de su boca. Un gesto de placidez le inunda los músculos del rostro. Por sobre sus hombros estira los brazos, que forman un paréntesis alrededor de su cabeza. Alarga una de sus piernas —una de las cuales lleva un morotón del tamaño de una pelota de tenis en la cara exterior del muslo—, hasta posar el tobillo en el apoyabrazos del sillón, y flexiona la otra con una pincelada de sensualidad. Acomoda su cadera. La mujer busca con los ojos su imagen en el monitor ubicado del otro lado de la sala y luego desata el lazo que*



*anuda su bata floreada. La tela es sedosa y resbala hacia los lados de su cuerpo. El abdomen chato y sin marcas está coronado por las prótesis de silicona que permanecen de cara a la lente, ajenas a la ley de gravedad. La mujer ajusta el cuadro a su tren superior.*

—Bueno, este es mi cuerpo, Rita. No seas pudorosa, o sea, ¿qué tiene de malo que una madre se muestre tal cual es? Vamos, si a tu edad seguro que has visto suficiente, no te hagas la pacata. Y no solo visto, desde ya. Mirá, mirá qué cuerpo. No sabés la codicia que supo despertar, ¡y lo que me celaba tu padre! ¡No te das una idea! Ah, eso sí no creo que lo sepas, porque Roberto no sabe lo que es la autocrítica. Siempre con esa cosa de bonachón por delante, de inocente, de tipo que hace todo bien.